

## CATALANISMO Y EUROPEISMO

POR

FRANCISCO CANALS VIDAL

El conocido escritor Josep Plà, en un ensayo escrito en 1970, da testimonio de la actitud del historiador nacionalista catalán Rovira i Virgili —representante muy caracterizado del sector «federalista» y «laicista» del catalanismo— que sostenía enérgicamente que «las guerras civiles carlistas tenían que ser borradas de la memoria de la gente catalana, que había que darlas como no existentes, cual si nunca hubieran existido» (1).

Este ocultamiento de la historia catalana ha tomado diversos sentidos, según la orientación e intento político de los dirigentes intelectuales y de los líderes del nacionalismo catalán. El propio Rovira i Virgili, a pesar de la energía con que coloquialmente expresaba su sentimiento de repugnancia y hostilidad a un hecho tan profundo de la historia de Cataluña como la larga serie de guerras antiliberales, profesaba por su parte abiertamente una tesis «extrinsecista» sobre la génesis del movimiento literario, cultural y político del catalanismo.

A quienes, como él, veían el nacionalismo como una corriente inspirada en la Revolución francesa, y que se había podido injertar en Cataluña a través del movimiento romántico, no les repugnaba reconocer la continuidad, afirmada por Elías de Tejada (2) entre las luchas catalanas antiabsolutistas de los siglos XVII y XVIII y las luchas antiliberales del siglo XIX.

(1) *Proteccionistes i lliurecanvistes*, Obra completa, vol. 32, pág. 106.

(2) FRANCISCO ELÍAS DE TEJADA, «La tradición de Cataluña», *Actas de las primeras jornadas culturales catalanas* (Barcelona, 20-22 de junio de 1969), del Centro E.H.P. «General Zumalacárregui», Sevilla, 1963, Ediciones Montejura, págs. 27 a 64.

«La trayectoria —escribe Rovira i Virgili— pasa por el movimiento catalán de la guerra contra Francia (1793), después por la Guerra de la Independencia y va a parar a las guerras carlistas. Los herederos de 1640 y de 1714 son en realidad los carlistas de la Montaña catalana» (3).

En cierto sentido, ha sido más grave el ocultamiento de la historia de Cataluña realizado por los dirigentes de aquel catalanismo que quiso, con consignas «conservadoras» confusamente «tradicionales», suplantar la vigorosa corriente antiliberal catalana. La que va desde los apologistas contrarrevolucionarios hasta «El liberalismo es pecado» de Sardà i Salvany, y llega hasta los mártires de la persecución religiosa de 1936-39, y los combatientes del Tercio de Requetés de Nuestra Señora de Montserrat.

Desde este catalanismo, que se ha ido desplazando desde un «centrismo» o «derechismo» conservador, hasta un «centro izquierdismo» —que algunos años atrás, muy recientes, asumía incluso una continuidad con inspiraciones marxistas— el encubrimiento de la historia se ha realizado mediante «mitificaciones», o mediante deformaciones de perspectiva, desde las que han quedado en lo oculto enteras vertientes de nuestra historia, mientras otras han sido presentadas desde perspectivas falsas instrumento de propaganda política.

El catalanismo a que nos referimos, en su necesidad de movilizar, con consignas «regionalistas» en la fase inicial de la *Lliga*, y actualmente ya explícitamente nacionalistas, a elementos sociales herederos en gran parte de los ideales y vivencias de la Cataluña carlista, no ha podido propugnar, en su lenguaje político, el abierto extrinsecismo, rupturista con la historia de Cataluña, que pudieron asumir los catalanistas de izquierda.

Este catalanismo ha adoptado sucesivamente diversos tópicos, pero todos ellos convergentes en el intento de hallar en la historia de la Cataluña moderna, actitudes, corrientes culturales, instituciones y hombres representativos en los que personificar aquéllo

(3) A. ROVIRA I VIRGILI, *Història dels moviments nacionalistes*, serie tercera, pág. 191, Barcelona, 1914.

que ha venido a constituir el tópic central de este catalanismo y nacionalismo, a la búsqueda pretendida de la «Cataluña profunda».

Este tópic central, en cuya discusión se centrará mi reflexión en este escrito, homenaje al profundo conocedor de Cataluña, de su historia social, institucional y jurídica, que fue el profesor Elías de Tejada, es el del tradicional «europeísmo» de Cataluña.

Lo he escogido de intento en recuerdo de la perseverante actitud de Elías de Tejada de denunciar la inoculación, ideológicamente venenosa, por la que el término *Europa* había dejado de ser un término geográfico, para ser utilizado para cancelar los ideales y las tradiciones de la Cristiandad occidental, y suplantarlas por el secularismo anticristiano, nutrido del humanismo antropocéntrico y de la rebelión protestante.

En nuestra Cataluña hoy, muy característicamente, son prácticamente inseparables las consignas que hablan del «europeísmo» y las que hablan de la «modernidad». Quienes quieren crear una nueva conciencia histórica catalana, vuelta de espaldas a la auténtica tradición y a la historia real, han tratado de buscar, pues, precedentes más o menos remotos en el tiempo, en que poder basarse para representar a Cataluña como avanzada en la Península Ibérica de la apertura a la Europa moderna.

No es sorprendente que tengan que contradecir para ello, o mejor dicho, dejar de lado en su lenguaje político, afirmaciones muy explícitas de los historiadores catalanes más significados en su «progresismo». No les conviene recordar que fue Vicens Vives el que elogió la maduración del catalanismo en el «novecientos» como «el reencuentro con Europa después de cuatro siglos de ausencia» (4).

---

(4) JAIME VICENS VIVES, en *Industrials i polítics del s. XIX*. Coherente con esta visión de la historia de Cataluña es su valoración de la «Nueva Planta» de Felipe V, que ningún catalanista de orientación «conservadora» o de algún modo centrista se atrevería a formular: «Fue un desastre que, al echar por la borda del pasado un enclausado régimen de privilegios y fueros obligó a los catalanes a mirar hacia el porvenir, y

Es digno de reflexión el hecho de que, mientras el Obispo Torras i Bages elogiaba a Cataluña por su perseverancia en los ideales del mundo de la Cristiandad medieval, su distancia e inmunidad frente al mundo del Renacimiento y su perseverancia en el pensamiento tomista —en el que ve la corriente profunda de la que se formó el carácter catalán—, otros historiadores y pensadores del catalanismo «conservador» no duden en presentar el siglo XVII como un siglo de muerte cultural para Cataluña, y de atribuir el origen remoto del renacimiento catalanista a la «apertura a Europa» por parte de los hombres de la Universidad de Cervera, a la que se atribuye así la génesis de la que llaman «cultura catalana del siglo XVIII» (5).

En tiempos más recientes, una nueva escuela de pensamiento catalanista, dejando de lado el eclecticismo escolástico «abierto a lo moderno» de los jesuitas cervarienses, ha buscado en los eclesiásticos «jansenizantes» e «ilustrados» los precedentes del «renacimiento» cultural que hizo posible el movimiento catalanista.

Se intenta prestigiar y exagerar la importancia histórica de hombres que, a veces con pretextos «tomistas», no sólo apoyaron la expulsión de los Jesuitas por Carlos III, sino que profesaron, como Félix Amat, una doctrina eclesiológica galicana y jansenizante (6).

En todo caso, la «afectación» europeísta y modernizante de estos autores, les lleva necesariamente a silenciar acontecimientos históricos y hombres muy influyentes y representativos de la vida de Cataluña. De la generación de eclesiásticos «ilustrados», de tendencia por lo menos galicana o «parajansenista», no brotó

---

los libró de las paralizadoras trabas de un mecanismo legislativo inactual». Cfr. *Cristiandad*, núm. 425-426, VII-VIII, 1966, en mi artículo: «Sugerencias sobre la tradición catalana».

(5) Cfr. IGNASI CASNOVAS, S. I., *La cultura catalana en el segle XVIII*, Acadèmia de Bones Lletres, Barcelona, 1932.

(6) Véase el estudio *L'Arquebisbe Fèlix Amat (1750-1724) i l'última II. Ilustració espanyola*, de RAMÓN CORTS I BLAY, prologado por el jesuita MIQUEL BATLLORI, Facultat de Teologia de Catalunya, Editorial Herder, Barcelona, 1992.

ningún fruto en la vida cristiana de la Cataluña del siglo pasado. Por el contrario fue nuestro siglo XIX, el siglo de San Antonio María Claret, Santa Joaquina de Vedruna, San Enrique de Ossó y tantos otros ya beatificados o en camino de los altares, ejemplo de fecundidad misionera y apostólica y de ferviente amor a la Iglesia y a la Cátedra apostólica.

A fines del siglo la totalidad moral del clero catalán se movía en la línea espiritual que había surgido en los tiempos de Pío IX, y no había, en lo político, otra división numéricamente importante que la que enfrentaba a los carlistas y a los integristas después de la separación del tradicionalismo liderado por Don Ramón Nocedal respecto de la causa de Don Carlos.

El generalizado olvido de hechos sociológicamente tan patentes como éstos sólo se explica si admitimos que, en su afectación modernizante y europeísta, el catalanismo tiende a impulsar a los catalanes a avergonzarse de lo que han sido y a envanecerse con frecuencia de lo que no han sido. De aquí la insostenible deformación de la conciencia histórica a que estamos actualmente sometidos por la política nacionalista, en tantas dimensiones culturales secundada por la acción de influyentes sectores eclesiásticos.

No dejemos de decir que los frutos corruptores de tales engaños se han notado en lo teológico y en lo pastoral hasta plasmarse en un instinto de resistencia a la autoridad pontificia y de desprecio a la tradición católica y al magisterio.

En todo esto, el nacionalismo catalán se ha manifestado como radicalmente desorientador de nuestra conciencia histórica. Nada resulta hoy tan sorprendente como recordar el indiscutible hecho de que Cataluña sea la tierra que en España y en toda Europa ha presenciado y vivido mayor número de guerras de arraigo popular, en defensa de la sociedad cristiana tradicional frente al racionalismo político del absolutismo y del despotismo ilustrado, y al Estado liberal surgido de la Revolución francesa.

Ni el Oeste francés, ni los cantones católicos suizos en la guerra de *Sonderbund*, ni el Méjico «cristero», muestran una lucha tan perseverante y reiterada como la que se vivió en Cataluña en siete guerras contrarrevolucionarias que ocupan, desde 1794 a

1875: La *Guerra gran*; la guerra de la independencia antinapo-  
leónica; la guerra realista de la regencia de Urgel durante el trienio  
liberal de 1820-1823; la de los *Agraviats o mal contents* contra  
el afrancesamiento del gobierno fernandino de la llamada «Década  
ominosa»; la primera guerra carlista de los siete años; la de los  
*matiners* en que la Cataluña carlista se enfrenta a la Monarquía  
isabelina que ha rechazado la solución que proponía Balmes; la  
«segunda guerra carlista» de 1872-1875.

Esta singularísima tenacidad contrarrevolucionaria, sobre la  
que no tienen nada que decir los nacionalistas que pretenden en-  
lazar con una fantasmagórica e inexistente tradición catalana van-  
guardista en la Península Ibérica de la modernidad europea, con-  
firma, por una parte, las tesis característicamente medievalizantes  
de Torras i Bages en *La Tradició catalana*, y se muestra también  
coherente con la sinceridad en cuanto historiadores de hombres  
como el propio Jaime Vicens Vives, al ponderar la ausencia cata-  
lana en la Europa moderna, o de Rovira i Virgili al reconocer la  
línea de continuidad entre las guerras catalanas de la Edad mo-  
derna y las luchas contrarrevolucionarias del pasado siglo.

El hilo conductor sugerido a la vez por la hostilidad crítica  
de historiadores progresistas, y por el entusiasmo «apologético»  
de Torras i Bages, nos puede llevar a atender a aquellos hombres,  
actitudes y tareas, intencionadamente silenciados en la conciencia  
histórica y en la propaganda política contemporánea de Cataluña,  
en los que brilla espléndidamente la presencia viva en Cataluña,  
durante la Edad moderna y en la época postrevolucionaria, de los  
ideales y de los sentimientos y convicciones heredados de la Cris-  
tidad medieval, en la que Cataluña había vivido una época glo-  
riosa y creativa.

No puedo en este ensayo intentar siquiera una enumeración  
suficiente, ni menos realizar una síntesis histórica de la vida de  
Cataluña en su fidelidad a la tradición cristiana. Pero sí quiero  
llamar la atención hacia algunos hombres y algunos momentos casi  
desconocidos de la Cataluña tradicional que sigue viviendo en los  
siglos modernos.

Para desmentir la tesis, intencionada y parcial, de «el siglo XVII, siglo de muerte cultural», bastaría recordar dos hombres de influencia universal en Europa. Me refiero a dos insignes dominicos catalanes: el defensor del pontificado Fray Juan Tomás Rocabertí de Perelada (Gerona 1624-Madrid 1699) y el gran teólogo místico Tomás de Vallgornera.

No habría que olvidar que el primero, que fue Arzobispo de Valencia e Inquisidor General de los Reinos de España, después de haber desempeñado el cargo generalicio en la Orden de Predicadores a la que pertenecía, fue, por sus obras *De Romani Pontificis auctoritate* y *Bibliotheca máxima pontificia*, ésta última integrada por 21 volúmenes in folio, hasta tal punto significado cual vindicador de la autoridad de los Papas frente a las doctrinas galicanas, que el célebre Obispo de Meaux, Bossuet, escribió, en polémica contra Rocabertí, su *Defensio declarationis cleri gallicani* (7).

En todo caso, es innegable que, en aquella segunda mitad del siglo XVII, fue el dominico Rocabertí realmente un «catalán universal», como se dice ahora tantas veces afectadamente y con menor fundamento. Lo mismo puede decirse del teólogo Vallgornera. Su *Mystica Theologia divi Thomae* publicada en Barcelona en 1662, constituye un estudio sistemático de la doctrina del Doctor Angélico sobre la vida mística, probablemente el de mayor importancia doctrinal desde los tiempos de Juan de Sto. Tomás.

---

(7) Rocabertí fue invitado en nombre de la Santa Sede para vindicar su autoridad frente a la declaración galicana de la Asamblea del Clero francés de 1682. Rocabertí defiende no sólo el llamado «poder indirecto» del Sumo Pontífice sobre los Reyes, sino incluso un poder propiamente directo. Es muy digno de tener en cuenta que el Obispo Tortas y Bages en un discurso titulado *En Rocaberti i en Bossuet*, leído en su recepción en la Real Academia de Buenas letras de Barcelona, en 8 de mayo de 1898 —por primera vez se hablaba en lengua catalana en aquella institución—, defiende la posición de Rocabertí y subraya «que hoy es más anticuado Bossuet que Rocabertí» (*Obras completas*, Biblioteca Balmes, Barcelona, 1936, vol. XVI, págs. 42 a 121).

Utilizada como texto durante el siglo XVIII en muchas universidades, fue reeditada posteriormente en 1890 y 1911 (8).

Afirmaba el Obispo Torras i Bages que la Orden dominicana, precisamente por razón de haberse profesado en ella la doctrina de Sto. Tomás de Aquino, «fue la verdadera educadora» de Cataluña y de su modo de ser colectivo (9).

Si nos acercamos, a través de las fuentes contemporáneas, también generalmente ausentes del horizonte cultural contemporáneo en Cataluña, a la guerra de sucesión española y a la participación en ella del pueblo catalán a partir de su alzamiento en 1705, nos hallamos con el hecho de que Francisco de Castellví afirma explícitamente, como factor decisivo en la evolución de la actitud de los ciudadanos de Barcelona entre 1702 y 1705, que «la mayoría de los catalanes seguían la opinión tomista» (10).

Esto acercó a los ciudadanos al *Estudio General*, en que la doctrina de Sto. Tomás era hegemónica, en el enfrentamiento de éste al Virrey, cuya política tendía, mediante una «alternativa de cátedras», a introducir en el *estudi* la «escuela suarista» que profesaban los jesuitas en el Colegio de nobles de Cordelles (11).

Fue aquella una guerra ciudadana y «gremial». La heroica resistencia que admiró a toda Europa en 1714 muestra viva en Barcelona una conciencia social vigorosamente tradicional. En ver-

(8) He tenido ocasión de estudiar directamente la obra de Vallgornera, que sigue siendo citada en la bibliografía contemporánea; así, entre otros, por el gran teólogo Garrigou Lagrange. Es notable que los autores de la tan ponderada «Escuela filosófica cervariense», o los de la línea «parajansenista» sólo tienen hoy interés histórico, pero sus obras no son objeto de estudio propiamente dicho en el plano doctrinal.

(9) JOSEP TORRAS I BAGES, *La Tradició catalana*, L. II, III, 1.

(10) FRANCISCO DE CASTELLVÍ, «Narraciones históricas desde el año 1700 hasta 1725». Manuscrito conservado en la Biblioteca del Estado de Viena, y reproducido manualmente por San Pere i Miquel en la Biblioteca de Cataluña. Véase el pasaje citado en *Cristiandad*, XXXII, 557-559; 7-9 en Barcelona, en las págs. 186 a 188.

(11) MARÍA ASUNCIÓN LÓPEZ SUÑÉ, «Del *Estudi General* de Barcelona a la Universidad de Cervera», *Cristiandad*, XVIII, 362, 4-1961, Barcelona, en las págs. 80 a 84.



dad Cataluña luchó entonces en defensa «de los valores y virtudes sociales de la Edad media cristiana» (12).

Los catalanes se dividieron entonces en el bando predominante antiborbónico, que fue conocido como el de los *vigatans*, y el de los partidarios de la nueva dinastía, motejados como *botiflers*, cuyo núcleo social fue la nobleza catalana educada en el Colegio de nobles de la Compañía de Jesús, llamado de *Cordelles*, en Barcelona.

Desde hace muchos años he venido reflexionando sobre el curso posterior de la historia de Cataluña y creo que hay fundamentos para considerar a quienes lucharon por impulsos tradicionales, inconfundiblemente conexos con la visión del mundo de «las Españas» en las últimas décadas de la dinastía austríaca, es decir, los *vigatans*, como los antepasados espirituales —fueron en muchos casos progenitores familiares— de los catalanes entusiastas de la *guerra gran antijacobina*, de los combatientes del Bruch, y de los carlistas de la Plana de Vic y de la montaña catalana.

Cuando, después de haber luchado *de nuevo* contra «el francés» —enemigo secular de Catalunya— se alzaron por los fueros de su patria, bajo la bandera de la Religión y del Rey, frente al advenimiento de liberalismo, éste encontró muchas veces apoyo en los herederos familiares o culturales de los *botiflers*; los «ilustrados», los «fernandinos», los «isabelinos», que se continuarían después en el conservadurismo dinástico y en toda una serie de «centro-derechismos» artificiales (13).

Durante el siglo XVIII siguió viva aquella tradición catalana que algunos han atribuido a un siglo de muerte cultural. Es decir, el tomismo sociológicamente muy vivo en las universidades catalanas, y del que surgieron obras señeras de influencia universal, persiste en el sector tradicional de las Escuelas Pías, que, en la fundación de su colegio de Mataró recuerdan la profesión de

(12) Véase mi artículo «El 11 de septiembre de 1714», *Cristiandad*, número citado en la nota 10, págs. 169 a 176.

(13) Véase mi artículo «Catalanismo y Tradición catalana», *Cristiandad*, número citado en la nota 11, págs. 86 a 90.

la doctrina del Doctor Angélico en la orden Calasancia (14), y en la gran figura del Cardenal Juan Tomás de Boxadors i Sureda, que en veinte años de gobierno de la Orden dominicana, y posteriormente como Cardenal, ejerció una influencia muy decisiva en el sostenimiento y reforzamiento de la doctrina de Santo Tomás en su propia Orden, y a través de ella preparó en Italia el renacimiento tomista del siglo XIX (15).

Resulta paradójico que, mientras se ignora a esta gran figura universalmente conocida en la historia del tomismo, y cuya sinceridad y acierto reconoce Ignasi Casanovas, S. I., que denuncia en otros un «tomismo farisaico» (16), es decir, instrumento de hostilidad a los jesuitas y a la corriente «ultramontana» que se simbolizaba en su escuela, se intente ensalzar a hombres como Félix Amat, afrancesado en lo eclesiástico y en lo político, y que en verdad se nos presenta con la desconcertante ambigüedad de un catalán sedicente «tomista» y sociológica y culturalmente *bo-tifler*. Después de haber sido confesor de Carlos IV, apoyó abiertamente al Rey impuesto a España por el Emperador Napoleón.

Ningún artificio historiográfico, por el que se quiera dar valor de influencia trascendente a hombres y hechos que no alcanzaron en su tiempo a penetrar en la vida social cotidiana de los catalanes, puede ignorar, que ante la Revolución francesa, el Imperio napoleónico y los inicios en España del constitucionalismo liberal, «el arraigo del sentimiento tradicional y de las ideas tradicionales fue tan fuerte, que el pueblo catalán estaba en 1814 mucho más lejos de haber asimilado las ideas revolucionarias francesas que los españoles de Cádiz»; también Vicens Vives fue el que

(14) ANTONIO PREVOSTI MONCLÓS, «San José de Calasanz, uno de los más grandes educadores de la humanidad», *Cristiandad*, XLI, 634-636; I-III, 1984, Barcelona, págs. 263 a 265.

(15) EUDALDO FORMENT GIRALT, «El cardenal Boxadors. Un catalán universal de siglo XVIII», en *Cristiandad*, XXXVI, 585, XII, 1979 (Barcelona, págs. 303 a 309).

(16) Véase IGNASI CASANOVAS, S. I., *José Finestres*, Biblioteca Balmes, Barcelona, 1931, págs. 185-186.

subrayó que «no existió en Cataluña una doctrina netamente liberal» (17).

Resulta en verdad misterioso el proceso cultural y espiritual de Cataluña con posterioridad a la configuración del catalanismo político, y a la influencia sobre la conciencia histórica y sobre la cultura catalana ejercida en diferentes momentos por aquella política.

Especialmente misterioso por el hecho de que los herederos, muchas veces familiares y de alguna manera también institucionales, de quienes fueron intransigentes y combativos contra la modernidad política revolucionaria, han venido de tal manera a olvidar aquellos sentimientos, que más bien tienden a envanecerse de la sedicente «moderación» y «apertura», espíritu de diálogo y de «pacto» que afirman seriamente ser características del pueblo catalán.

En otras ocasiones he expresado también mis reflexiones sobre estos hechos. He atribuido a las «subjektivizaciones» confusas del romanticismo, actuando sobre elementos sociales en proceso de aburguesamiento, el que haya sido posible el injerto en descendientes de la Cataluña *vigatana* de orientaciones y actitudes, ya se trate del eclecticismo cervariense, o del «jansenismo» ilustrado, inconfundiblemente de carácter y origen *botifler*.

En esta evolución espiritual se ha llegado muchas veces a la repugnancia respecto de cualquier «intransigencia» y espíritu combativo. Al nacionalista catalán de nuestros días, muchas veces descendiente por varias líneas de familias carlistas, y a veces de combatientes del tercio de Montserrat, le repugna cualquier combate que le pudiese mostrar como enfrentado a la «modernidad», al «liberalismo», y a la «democracia». Afecta estar convencido de su congénito espíritu «europeísta», y nada le entristecería más que reconocer la realidad histórica de la Cataluña tradicional y contrarrevolucionaria.

---

(17) Véanse las afirmaciones de Juan Mercader Riva y de Jaime Vicens Vives citadas en: FRANCISCO JOSÉ FERNÁNDEZ DE LA CIGOÑA Y ESTANISLAO CANTERO NÚÑEZ, *Antonio de Compmany*, Fundación Elías de Tejada y Erasmo Percopo, Madrid, 1993, pág. 412.

Mi maestro de espíritu y de cultura, el P. Ramón Orlandis Despuig, S. I. (nacido en Mallorca en 1873, de una familia que había luchado en favor de la causa carlista y que recordaba también haber luchado contra los Borbones en 1705, muerto en Barcelona en 1958), decía crudamente que «la política catalanista ha castrado a Cataluña».

Por cierto que es notabilísimo, y me parece que nunca advertido, el hecho de que los catalanes, pueblo de atavismo temperamental enérgico y fuerte, que han luchado «a diestro y siniestro», por la tradición, y también en tiempos más recientes, por la revolución, el federalismo, o la anarquía, no han luchado nunca por el nacionalismo catalán, o si se quiere por la Cataluña fingida por el sentimiento catalán nacionalista.

Si, buscando la excepción que confirmase la regla, recordásemos la intentona de Prats de Molló, en la que Francesc Macià tenía la convicción de que arrastraría al pueblo catalán desde el Ebro hasta los Pirineos, o algunas horas de alzamiento en la Revolución del 6 de octubre de 1934, estas mismas alusiones nos podrían hacer caer en la cuenta de la total ausencia de combatientes propiamente «catalanistas» en el bando republicano en la guerra de 1936. No hubo sino los anarquistas primero, y después los ejércitos «republicanos» con comisarios políticos de un marxismo estalinista. Nada semejante a los llamados «gudaris»; ninguna unidad de voluntarios con bandera cuatribarrada o signo alguno de «catalanidad». En aquella guerra no hubo otra unidad orgánica catalana que el inmortal tercio de Nuestra Señora de Montserrat de los *Requetés*, al que pertenecieron gentes de todos los estamentos sociales de nuestro pueblo.

Concluyo estas reflexiones reafirmando mi convicción del carácter profundamente inauténtico del catalanismo. Afectación de génesis romántica, y cultivo posterior en diversos momentos de «intelectualismo» y sofisticación europeizante, que empuja a través de un artificioso «aburguesamiento», a los catalanes a ocultar lo que somos y a envanecernos lo que no somos.

Resulta trágico que entre los hechos ocultos estén nada menos que la grandiosa fecundidad espiritual de una Cataluña fer-

vientemente adicta a la Iglesia católica y a la Sede apostólica, que en el siglo pasado envió, por sus fundadores, misioneros a todos los continentes; y la admirable fecundidad de los mártires catalanes de la persecución religiosa de los años 1936-1939.

También resulta trágico que hayamos atravesado el Quinto Centenario del descubrimiento y evangelización de América, como si nada hubiese tenido que ver nunca Cataluña con aquel mundo. Como si no hubiera sido el máximo poeta catalán, Mossén Cinto Verdaguer, cantor de la Reconquista en su poema *Canigó*, también el poeta épico de la hispanidad, en *La Atlántida*, a la que puso música el Maestro Falla, y de la que nada hemos oído decir a lo largo de las por otra parte ausentes conmemoraciones centenarias.